**¡QUÉ POBRES LAS RIQUEZAS SIN AMOR!**

**DOMINGO XXVI PER ANNUM**

**26 de Septiembre de 2.010**

En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos:

Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteaba espléndidamente cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico. Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas. Sucedió que se murió el mendigo, y los ángeles lo llevaron al seno de Abraham. Se murió también el rico, y lo enterraron. Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantando los ojos, vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno, y gritó : Padre Abraham, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas. Pero Abraham le contestó: Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces. Y además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran, desde aquí hacia vosotros, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros.

El rico insistió: Te ruego, entonces, padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evites que vengan también ellos a este lugar de tormento. Abraham le dice: y a los profetas; que los escuchen. El rico contestó: No, padre Abraham. Pero si un muerto va a verlos, se arrepentirán. Abraham le dijo: Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto. Lucas 16, 19-31

En la presente parábola del pobre Lázaro y del rico Epulón encontramos el clima de la comunidad cristiana de Jerusalén formada por pobres y, por consiguiente, sin atractivo ninguno para los ricos. Estos últimos aparecen incapaces de optar por la nueva vida que se les promete, pues están demasiado apegados a su vida y a los bienes materiales de que disfrutan; los pobres, en cambio, están más disponibles para aceptar el género de vida de la comunidad cristiana: por ello el acceso al Reino les resulta más fácil que a los ricos.

Esta actitud de San Lucas, al hablar de pobres y ricos, no será definitiva, pues aparecerán nuevos matices sobre la cuestión, concretamente cuando Mateo hable de pobreza “de espíritu”, no permitiendo que en adelante se crea en la bienaventuranza reservada con carácter exclusivo a la pobreza social y en la maldición, sin paliativos, contra la riqueza económica.

La cuestión, entonces, a tenerse en cuenta, especialmente en la segunda parte de la parábola, no es ya la riqueza y la pobreza, sino la indiferencia religiosa, la irreligiosidad y el egoísmo de los hombres incapaces de leer los signos de Dios. Para los que así piensan, la muerte es la meta definitiva de la vida del hombre, sin posibilidad alguna de un “más allá”; Inclusos una prueba de la resurrección de los cuerpos no llegaría a convencerles ya que han perdido el

hábito de ver los signos de la supervivencia en sus propias vidas. El pedir señales extraordinarias no es más que un falso pretexto: el hombre sólo puede salvarse mediante la audición de la Palabra y la vigilancia; no con apariciones y milagros.

La inversión de situaciones (los ricos perdiendo sus riquezas y los pobres logrando la cima soñada de las riquezas) es un cliché literario muy usado en los profetas y en el Evangelio. El cliché, la imagen es lo de menos; lo que de verdad importa es que tal imagen haya servido para expresar la rebelión de tantos hombres contra una suerte indigna de su condición, en un mundo en que el hombre es engañado y ridiculizado por su propio hermano, el pobre pisoteado por el rico y el justo perseguido por los impíos.

El mismo Jesús ha sido tratado así. Fue tenido por un loco o un anarquista, por un impío o un malhechor… Pero al hacer de la cruz el terreno del más grande amor que imaginarse pueda, la rebelión de Jesús con esta suerte indigna de los pobres, se nos muestra sorprendentemente eficaz, pues establece las bases, para la humanidad entera, de la esperanza en un futuro en que las relaciones fundadas en el egoísmo, la codicia y el atropello mutuo, serán reemplazadas por otras bases de dignidad y amor. Futuro éste, que podrán construir los discípulos de Cristo asumiendo como cosa personal, de su incumbencia, las justas reclamaciones de los pobres. Al estilo también del profeta Amós, hombre del desierto, sumamente sensible a las múltiples injusticias sociales del reinado de Jeroboán II, condenando en nombre de Dios el lujo, el despilfarro y la molicie de los opresores como un insulto descarado a la miseria de los oprimidos.

**Juan Sánchez Trujillo**